

Cecilia Núñez,

Por ABU

LA VOZ MARAVILLOSA DE VENEZUELA

VA CAMINO DE MILAN

A los 459 años del Descubrimiento, en las mismas horas que fueron gozosas para los hombres del Gran Almirante, Cecilia Núñez daba la voz de ¡Tierra! desde la cubierta del "Colombie". No era, sin embargo, la tierra soñada que aparece, sino la tierra amada que va desapareciendo lentamente a nuestros ojos. Y la voz fresca, preciosa y matizada que en las intensas jornadas de los últimos días conmovió a los venezolanos, se rompió como una ola del mar frente a la proa. Cecilia Núñez partió el 12 de octubre. Camino de Milán, va su voz. A ella nos parece aún verla en interminable despedida, bajo la cariñosa tiranía de sus admirables camaradas. Estampa vieja como los viejos astros, y siempre nueva como las nuevas horas del día. Cecilia Núñez y Oscar Crescente Vallejos, con ambas manos unidas, se recomiendan mutuamente las horas cotidianas de la separación. Horas intensas de dos decenas años. Atrás quieren dejar de un golpe los días inolvidables de la Sociedad Venezolana de la Ópera, y como siempre, el corazón amenaza con su incorregible ritmo acelerado y sentimental.

LA ENCERRABAN PARA OÍRLA CANTAR

No hace tantos años, que la familia de D. Simón Núñez García encerraba en un cuarto a la pequeña Cecilia para oírla cantar. Hoy tiene dieciocho, y eso sucedía cuando las tropas alemanas llenaron de banderas nazis las ventanas de Polonia, de Bélgica y de Francia. Dejar sola en una habitación a Cecilia y empezar el "concierto" era la misma cosa.

—Yo imitaba —nos dice Cecilia— a Hilda Jegemberg de Pietri, soprano ligera que por entonces causaba sensación entre nosotros, pero recuerdo que mi repertorio era reducidísimo. En un principio se limitó a "Estrellita", del mexicano Ponce, y "Amapolá", la inmortal "Amapolá" que cantó Fleta.

clásicas, mustias y eternas frases de los críticos — recordamos a Rita, aquella Santa Abogada de los Imposibles a la que rezábamos en los azarosos minutos que precedían un examen. Dice la leyenda, que vieron salir abejas blancas de su boca, y que formaron un panal blanco en el aire. Un día vendrá en que los venezolanos oigan algo parecido, si son pequeñitos y tienen una abuela aficionada a relatar con exagerada ilusión los recuerdos bellos de su juventud. Y la nueva leyenda irá unida indisolublemente al nombre de Cecilia Núñez.

—Mis amigos me recomendaron a Lina Paglioni y María Caniglia para las clases de canto, y a Julia Tess, para las clases de escena. Ya tengo ilusión por comenzar. Lo único que lamento— y el pensamiento vuelve como un ritornelo triste— es mi ausencia de Venezuela. Nunca imaginé poder estar dos años lejos de ella, y me llevo aguas y tierra adelante, toda la melancolía musical de mi patria, pegada a mi piel como enredadera olorosa, doliente, esperanzadora y entrañable.

"ADIO" A LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE LA ÓPERA

—Bueno, Cecilia —cortamos— no te pongas sentimental y dínos por qué, sin escuela escénica alguna, lograste una interpretación tan maravillosa de Lucia, y especialmente de "la locura".

—Ay, mijito —responde— porque yo me he fijado siempre mucho en los locos.

—¿Y dónde has visto tú tantos locos, Cecilia?

—¡Guá! En Caracas. ¿Acaso no es Caracas un inmenso manicomio? Bueno... dicho con la mejor intención del mundo. Y además— ahora en serio— Lucrecia Manzano me dió algunos consejos sobre cuestiones escénicas. A ella, al buen maestro Primo Casale, a mi profesora Sra. Carmen Teresa de Machado, a todos estos amigos que ves de la Asociación Venezolana de la Ópera —de la cual debes hablar mucho porque es una



como una ola del mar frente a él.
Cecilia Núñez partió el 12 de octubre. Camino de Milán, va de voz. A ella nos parece aún verla en interminable despedida, bajo la cariñosa tiranía de sus admirables camaradas. Estampa vieja como los viejos astros, y siempre nueva como las nuevas horas del día. Cecilia Núñez y Oscar Crescente Vallejos, con ambas manos unidas, se recomiendan mutuamente las horas cotidianas de la separación. Horas intensas de dos intensos años. Atrás quieren dejar de un golpe los días inolvidables de la Sociedad Venezolana de la Opera, y como siempre, el corazón amenaza con su incorregible ritmo acelerado y sentimental.

LA ENCERRABAN PARA OIRLA CANTAR

No hace tantos años, que la familia de D. Simón Núñez García encerraba en un cuarto a la pequeña Cecilia para oírla cantar. Hoy tiene dieciocho, y eso sucedía cuando las tropas alemanas llenaron de banderas nazis las ventanas de Polonia, de Bélgica y de Francia. Dejar sola en una habitación a Cecilia y empezar el "concierto" era la misma cosa.

—Yo imitaba —nos dice Cecilia— a Hilda Jegemberg de Pietri, soprano ligera que por entonces causaba sensación entre nosotros, pero recuerdo que mi repertorio era reducidísimo. En un principio se limitó a "Estrellita", del mexicano Ponce, y "Amapola", la inmortal "Amapola" que cantó Fleta.

Nosotros queríamos saber si esta deliciosa soprano ligera que ahora va camino de Milán, tenía sueños purísimos o amalgamados —cosa por otro lado muy lógica en la primera infancia— con la ingenua novelaría de los disfraces, los aplausos y las tablas.

—Francamente —continúa— lo que yo quería es cantar. Sin trajes, sin acompañamiento de piano, sola, ante familiares o amigos, me moría por cantar. Perdidos como las hojas de los almanaques, y las doradas hojas del otoño, deben andar centenares de programas escolares en los que yo figuraba irremediablemente. Luego vinieron las horas de estudio, durante cuatro años con la Sra. Carmen Teresa de Machado.

Cecilia, que apenas si llevaba seis meses de estudio en la Academia Superior de Música, cantó formalmente por vez primera el día del Panamericanismo en el Centro Venezolano - Americano, a los 15 años. Desde aquel día hasta los de sus tres clamorosas representaciones con "Lucía de Lammenmour", hay un camino de superación y constancia envidiables. Con esa voz divina, y sin saber por qué —quizás porque teníamos delante el programa de su concierto de despedida con las

nos de la Academia Superior de Música irán unidas indisolublemente al nombre de Cecilia Núñez.
—Mis amigos me recomendaron a Lina Pagliarini y María Caniglia para las clases de canto, y a Julia Tess, para las clases de escena. Ya tengo ilusión por comenzar. Lo único que lamento— y el pensamiento vuelve como un ritornelo triste— es mi ausencia de Venezuela. Nunca imaginé poder estar dos años lejos de ella, y me llevo aguas y tierra adelante, toda la melancolía musical de mi patria, pegada a mi piel como enredadera olorosa, doliente, esperanzadora y entrañable.

"ADIOS" A LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE LA OPERA

—Bueno, Cecilia —cortamos— no te pongas sentimental y dínos por qué, sin escuela escénica alguna, lograste una interpretación tan maravillosa de Lucía, y especialmente de "la locura".

—Ay, miñito —responde— porque yo me he fijado siempre mucho en los locos.

—¿Y donde has visto tú tantos locos, Cecilia?

—¡Guá! En Caracas. ¿Acaso no es Caracas un inmenso manicomio? Bueno... dicho con la mejor intención del mundo. Y además— ahora en serio— Lucrecia Manzano me dio algunos consejos sobre cuestiones escénicas. A ella, al buen maestro Primo Casale, a mi profesora Sra. Carmen Teresa de Machado, a todos estos amigos que ves de la Asociación Venezolana de la Opera —de la cual debes hablar mucho porque es una Organización de méritos incommensurables y digna del mayor apoyo— debo la primera parte de mi éxito. Que te diga Sarabia— él conoce al dedillo las penas y glorias de la Asociación— nuestras luchas, y será mejor que cuanto yo pueda contar.

—Adiós, Cecilia. Cuidate mucho, Cecilia. ¡Por favor, Cecilia, no te vayas a enamorar! ¡Ah! y ojo pelao con el matrimonio. Y si no hay más remedio, que sea con un tenor o con un empresario de ópera. Como mal menor, el médico de la Scala. Pero mejor no te enamores, Cecilia.

Con los últimos consejos, los abrazos y los saludos, Cecilia, a unas horas tan sólo de la partida, se queda ante el problema aparatoso de las maletas. No habíamos caminado veinte pasos —Paraíso adelante— cuando en la nuca sintió uno de nosotros que alguien lo miraba intensamente a sus espaldas. Oscar Crescente —ese terrible y diplomático descendiente de los Crescenti calabreses— volvió la cara y encontró sobre el verde césped, junto a las verdes enredaderas, el blanco brazo de Cecilia diciendo adiós. Nosotros lo vimos y aceleramos el paso, porque también empezábamos a "melancolizar".

